

LOS HOMBRES DEL SIGLO



# EL NEGRO SANTOS

DE

SANTO DOMINGO

POR

RAFAÉL M. DE LABRA



MADRID

IMPRESA DE AURELIO I. ALARIA

15, Estrella—Cueva, 12

1880

Ast

R

C

36-30



(R)

# EL NEGRO SANTOS



Sección Bibliografía Asturiana

RAST Ast R C 36-30  
00001085254



AST R  
C 36-30

RAFAÉL M. DE LABRA

---

# EL NEGRO SANTOS

DE SANTO DOMINGO

(TOUSSAINT L'OUVERTURE)

---

CONFERENCIA

DADA EN EL «FOMENTO DE LAS ARTES»

LA NOCHE DEL 8 DE ENERO DE 1880

---

MADRID

IMPRESA DE AURELIO J. ALARIA

15, Estrella—Cueva, 12

1880



A-1085254  
R. 93079973

~~~~~  
Prohibidas la reproduccion y  
la traduccion sin permiso del  
editor.  
~~~~~

*José Simón Oliver*

## EL NEGRO SANTOS

## DE SANTO DOMINGO

(TOUSSAINT L'OUVERTURE)

SEÑORES:

Solicito esta noche vuestra atención hácia una de las grandes figuras que aparecen á la entrada de los novísimos tiempos, sobre la cual la crítica histórica vá arrojando la luz suficiente para que pueda ser conocida y admirada en sus magníficas y singulares proporciones, y en la que se condensan, hasta el punto de hacerla su representación más cabal y genuina, no ya sólo las virtudes y las bondades, si que especialmente los inmensos dolores, las desgracias infinitas y las injusticias incomparables de que ha sido víctima por espacio de cuatrocientos largos años una calumniada raza, cuya redención se ofrece hoy entre los empeños capitales de las sociedades cultas y cristianas, y que tal vez constituirá á los ojos de la historia el timbre más glorioso de nuestro febril y expansivo siglo xix. Intento presentaros al negro Santos de Santo Domingo—al insigne Toussaint Louverture que llaman los franceses—negro de pura raza, hijo de

Africa, esclavo hasta los cincuenta años, después, y por una série de extrañas vicisitudes, general, gobernante, legislador de la más espléndida de las Antillas, llevado, ántes que por el viento de la Fortuna, por sus méritos excepcionales, á donde hasta entonces jamás habia soñado ninguno de los de su raza, para desde aquellas inverosímiles alturas escribir, entre severo y arrogante, al gran conquistador de nuestro tiempo, al tirano de la soberbia Europa, al que á la sazón se entretenia en jugar con reyes y en destrozar pueblos: *el primero de los negros al primero de los blancos*, y que al fin, perseguido por la iniquidad de los hombres más que abandonado por los caprichos de la suerte, muere de frio y de hambre en angustioso calabozo de 12 piés de ancho por 20 de largo, sin otra luz que la de una alta ventana abierta frente á las nieves perpétuas de los Alpes suizos; personalidad abriantada por todas las grandes virtudes del carácter, ennoblecida por los grandes destellos y las poderosas intuiciones de las fuertes inteligencias, santificada por los rigores del martirio que le recomiendan á la admiracion de sus mismos verdugos y al aplauso y la veneracion del mundo contemporáneo.

Todos habreis oido que el fundamento dado en los tiempos antiguos á la esclavitud fué el derecho que el vencedor tenía á la vida del vencido; de suerte que la servidumbre del que por ley de guerra habia de morir, era considerada como un relativo beneficio: beneficio que como injuria recibian aquellos fieros cántabros que, abriendo el vientre de los barcos que á Roma los conducian, buscaban el honor y la libertad



en el fondo de los mares y en el seno de la muerte. El razonamiento no se perdió con los recuerdos de la sociedad clásica, y en nuestros mismos días hemos oído discursos y leído libros en que, después de apostrofar la *sensiblería* (así se llamaba) de los que con noble entereza pedían la declaración de piratas para los infames traficantes de carne humana, se aventuraba la especie de que con la prohibición de este comercio sólo se conseguiría aumentar las sangrientas hecatombes que acompañaban á las victorias de los revueltos y enconados habitantes de Africa; sin que, por de contado, para los que tal decían importaran lo más mínimo las exploraciones de los Livingstone y los Barth, y los Roscher y tantos otros, más allá del Congo y de Zanzíbar; exploraciones que han concluido de poner de manifiesto que quizá el mayor mal de la *trata* ha sido el de fomentar las guerras de los africanos, esperanzados de obtener á cambio de prisioneros de su raza las mil bagatelas de puro lujo con que los europeos corrompieron su vida y excitaron su apetito.

Pero á nuestra edad reservaban los esclavistas otros argumentos. Reducida la esclavitud á la raza africana, los teorizadores de la servidumbre han añadido á los horrores de la tiranía la vergüenza de la denigración y la afrenta de la calumnia, y si unas veces han llegado con aires de suficiencia—¡ellos que blasonaban, para otros efectos, de católicos fervorosos y de creyentes ciegos del Génesis mosáico!—hasta negar la unidad de la especie humana, poniendo al negro entre el hombre y el mono, otras—las más—han prodigado su elocuencia mostrando la predisposición invenci-

ble de la raza atropellada y envilecida, á la holganza, el vicio, la imprevisión y áun el crimen y la barbarie contra los que, á su juicio, no habia otro remedio que el régimen patriarcal del *ingenio*, donde en medio del chasquido del látigo y la lectura de aquella parte del catecismo que habla de las penas eternas y de las virtudes de la humildad y la paciencia, se educa á las gentes en la santa idea de que es necesario y es bueno que unos trabajen, suden y mueran, para que otros engorden, gocen y enloquezcan convirtiendo la vida en un eterno cuento de Boccacio.

Pero tambien á nuestro siglo estaba reservado el dar un mentís decisivo á esas groseras é infames imputaciones; á nuestro siglo, que principia con la erupcion de Santo Domingo, realiza desde 1830 á 1865 la emancipacion de cerca de 8 millones de esclavos en América, trasformando las sociedades trasatlánticas, y parece querer concluir, ya poniendo de manifiesto la vida ordenada y relativamente culta de los pueblos del interior de Africa, donde la esclavitud no se ha cebado por los estímulos del codicioso europeo, ya intentando desagraviar al genio divino de la justicia por medio de la civilizacion de aquel vastísimo continente, bajo la accion de las mismas naciones que más han pecado en la historia como propagadoras de la corrupcion, la infamia y la muerte en las costas de aquel mundo abandonado.

Santo Domingo, señores, es la primer leccion de esta edificante enseñanza. Pero ¡cosa rara! la vida pasada de Santo Domingo ha sido y aún es tambien aprovechada por la ignorancia ó por la malicia para combatir aquello que mejor que cualquier otro argu-

mento prueba y defiende: ¡para combatir la abolición radical é inmediata de la servidumbre! ¿No lo hemos escuchado estos mismos días? ¿No se ha oído censurar á los que defendemos la emancipación de los 200.000 negros de Cuba, en el concepto de que con nuestras impaciencias y nuestro absolutismo preparamos á la Grande Antilla los horrores que trajo á Santo Domingo la abolición inmediata? ¿Y no vemos aparecer á cada instante evocada por el espíritu de la prudencia, en estos momentos críticos para los altos intereses sociales de nuestras provincias de América, la figura horrible, ensangrentada, feroz del negro Toussaint Louverture, representación fidelísima de todos los defectos de su raza, atropellador de todos los derechos y todos los intereses, mónstruo abortado por las furias para llevar el incendio y el espanto por los feraces campos de la antigua Española, y que con sus brutalidades y sus horrores entra en las sombras de la leyenda para servir de advertencia á los ilusos y los fanáticos?

En verdad que sólo estudiando de cerca las cosas y poniendo toda la atención en la historia puede explicarse uno el maravilloso conjunto de contradicciones de que es ejemplo vivo la grande Antilla, á que Colon en 1492 dió el nombre de Española y que con posterioridad, en los primeros años del siglo xvi, recibió el de Santo Domingo. A no verlo parecería mentira.

Principia por ser ella donde primero se establece el imperio europeo, y ella también la que, si no la primera en sacudir ese imperio, lo hace á poco de abrirse el período de la emancipación de América, en medio

de tales horrores y rompiendo de un modo tan absoluto con el mundo caucásico, que hacen discutibles, por lo ménos, las ventajas y los resultados de una ocupacion realizada á la fuerza hace cuatro siglos por elementos civilizados en nombre de grandes ideas de cultura y de progreso. El doce de Octubre de 1492 el gran Colon descubrió tierra americana, después de cerca de dos meses y medio de un viaje que por todos extremos impone y exalta, y á los cincuenta y tres dias de descubierta San Salvador, luégo de recorrido el archipiélago de Bahama y de costeadada Cuba, el gran Almirante desembarca en la que los indios llamaban Haití (país de montañas), y que él patrióticamente bautiza con el nombre de la Española. Allí, donde sólo encuentra bondad, dulzura, candor y agasajo por parte de los indígenas, ántes de concluir el año del descubrimiento, los descubridores alzan al Norte de la isla el fuerte de la Navidad, el primer establecimiento de los europeos en el Nuevo Mundo; casi al año fundan la primera ciudad europea de América: la Isabela; en poco más de once años (hasta 1504) surgen hasta diez y siete aldeas ó poblaciones, como Santo Domingo, Santiago, Acquin, Leogane y Puerto-Plata, y el pendon español flota como soberano en toda la isla, luégo de reducidos los cinco caciques que en ella dominaban, constituyéndose allí el Gobierno de las Indias y el centro de las expediciones que realizan á partir del año cuatro, el mismo Colon, su hermano, sus oficiales ó los capitanes Ojeda, Nicuesa, Ponce de Leon, Balboa, etc., etcétera. Pero tambien allí es donde, desde 1802 á 1804, se desata la más espantosa guerra que re-

gistra la historia del Nuevo Mundo (harto rica, por desgracia, en estos ejemplos) entre los europeos y los demás habitantes de la colonia; allí donde los horrores llegan á superar todo lo conocido en los anales de la bestialidad humana; allí donde la raza negra, que vino á heredar todos los agravios de tres siglos de opresion, de estrujamiento y de concupiscencia, logró espulsar á la raza caucásica cerrando las puertas de la Isla para el mundo culto, é inaugurando un largo período de aislamiento fundado en el horror que inspiraba el simple recuerdo del blanco, horror idéntico al que Livingstone cuenta que el blanco produce en los hombres, en los niños y hasta en los perros y los animales domésticos de aquella parte del interior de Africa hasta donde ha llegado el asqueroso oleaje de la *trata*.

Por otra parte, y esta es la segunda contradiccion, Santo Domingo, Haití ó la Española, fué, como ántes he dicho, el centro de nuestra colonizacion, cuyos rasgos capitales eran la omnipotencia del Estado, la intolerancia religiosa y el aislamiento político y comercial. Pues bien, allí es tambien donde logran fijar su asiento, y desde allí desde donde consiguen regularizar sus correrías y sus empresas aquellos filibusteros y bucaneros que, á partir del siglo xvii, constituyen la preocupacion capital de España en el mar de las Antillas, son el azote de los galeones que realizaban el comercio con la Metròpoli y osan penetrar en los pueblos mismos levantados en las costas de los dominios hispano-americanos. Salidos casi todos de Francia—de Normandía, comunmente—buenos marinos, de temple osado, de vida aventurera, poseidos



del espíritu de lo imprevisto ó del afan de la rapiña, resueltos á todo y hechos á verse unos á otros colgados en las vergas y entenas españolas, logran en 1620 un momento de reposo en la isla de la Tortuga y consiguen en 1630 trasladarse á la parte más septentrional de la vecina Santo Domingo, desde donde, proclamando la soberanía del rey de Francia, abren á ésta las puertas de América y la permiten posesionarse de San Cristóbal, la Guadalupe y Martinica en el mar Caribe, casi en el corazon del Nuevo Mundo, cuyos vastos territorios habia reservado el Papa Alejandro VI por su célebre Bula de 1493, á los Reyes Católico y Fídelísimo de España y Portugal. La obra queda terminada y consagrada en 1697 por el Tratado de Ryswick entre la Francia del soberbio Luis XVI y la España del embrujado Cárlos II,—amén de las demás potencias (Inglaterra, Austria y Holanda), que tomaron parte en la guerra del Palatinado. Y la invasion de los franceses en la Isla es tan grave y trascendental, que luégo de obtenida por el Tratado de 1697 más de la tercera parte de la Isla para aquéllos, en esguida decae la parte española, resultado, no sólo de las mismas invasiones de los filibusteros, como la de Drake de 1586 y de los temblores de tierra, como el de 1684, y de las epidemias, como la del año de los tres *seises* (1666), que ya la tenian muy amenazada de inminente ruina ántes de finalizar el siglo xvii, sino por la importancia absorbente que para los españoles adquieren Cuba, Méjico y el Perú; de suerte que en 1733 la poblacion de toda la colonia no pasaba de 60.000 almas, y realmente Santo Domingo era conocida en el mundo por una colonia francesa,

gracias al desarrollo excepcional que la parte usurpada por los filibusteros consiguió bajo Luis XIV y Luis XVI.

Santo Domingo, pues, que sirvió de base para construir el monopolio de la América en favor de España, sirvió también para que desde allí se rompiera este monopolio.

Todavía hay otra contradicción, y ésta más extremada y elocuente. Comprometida la fantasía en un empeño de descripción de los soñados esplendores y las dulces perspectivas de aquellos poéticos Elíseos de la Edad de Homero y de Virgilio, es difícil que la obra de la imaginación excediera á la realidad con que la naturaleza ha favorecido á Santo Domingo, haciendo de su fauna y de su flora una verdadera maravilla, aún en el seno de un mundo como el americano cuajado de prodigios y tentaciones. Variedad en los tipos, templanza en el clima, viveza en los tonos, fragancia en la atmósfera, voluptuosos desvanecimientos al lado de asombrosas energías, montañas cubiertas de olorosos y expansivos arbustos que sirven de alfombra á inmensos bosques de preciosísimas maderas y de nidos á millares de pajarillos que, nublando el cielo con sus alas de esmeralda y de diamante, llenan los aires con sus interminables y enloquecedores gorgeos; ríos anchos, profundos y serenos, como el Ozama, cuya navegación es facilísima, y que parecen cintas de plata tendidas por misteriosa Ariadne para alentar al *pioneer* é introducirle suavemente en el fondo de un palacio encantado; extensas planicies, como la del Cabo, donde templados los ardores del trópico por la elevación del suelo,

la fecundidad de éste permite sextuplicar las cosechas; lagos de 20 leguas de contorno, donde viven el caiman al lado del carey; riscos atrevidos en cuya cima crecen el plátano, el cocotero y la palmera, que desafían las iras del Padre Océano, ansioso de descansar de su tormentoso viaje desde las alturas de Finisterre ó de las costas irlandesas, y numerosas abras en una accidentada costa de 350 leguas, bahías seguras y tranquilas en que las olas penetran dulcemente para recoger el balsámico aliento de una primavera eterna y dormirse embriagadas en la limpia y reverberante playa; campos de reluciente caña junto á mares de blanquísimo algodón y rojo cacao; cielo cuajado de palpitantes luceros, no ménos ávidos que el Atlántico de gozarse en la inmediata contemplacion y el íntimo contacto de una tierra exuberante de seducciones, y que con sus efluvios tornan la plácida y serena noche en día de tenue claridad y amorosos ensueños; calores vivificantes templados por brisas restauradoras; vida de atractivos, de dulzuras, de exuberancias, de reparaciones... todo, en fin, cuanto podria la fantasía forjarse para dar fondo y marco al desarrollo de una existencia verdaderamente paridisiaca, todo lo habia prodigado la Naturaleza en aquella isla de Santo Domingo, donde en los primeros días del descubrimiento vivia una poblacion candorosa, hospitalaria, dulce, tierna, de la cual decia el gran Almirante en su diario: «No hay en el mundo todo ni mejor país ni mejores gentes; aman á sus projimos como se aman á sí mismos; siempre son sus palabras humildes y afables, acompañadas de una sonrisa, y aunque es verdad que andan desnudos, son sus modales de-



corosos y dignos de aprecio;» frases arrancadas á la sinceridad de aquel hombre extraordinario, pero cuya sencillez abruma al compararlas con las terribles del inmortal padre Las Casas, que, fijando en tres millones el número de los indios allí encontrados en 1492, establece que á los cincuenta años no pasaban de *doscientos*, víctimas de un trato cruel, horrible, espantable, que á los principios arrancó una enérgica cuanto noble protesta sólo al corazón de aquella mujer peregrina que ántes que reina de Castilla y esposa de D. Fernando, fué siempre espíritu levantado, alma grande, mujer sensible y española vibrante y soñadora, para quien la Historia, excusando algun grave pecado, ha recogido á través de los siglos los fulgores que hoy avaloran la memoria imperecedera de Isabel la Católica.

Pues bien, en ese mundo hecho para la tranquilidad, para la dicha, para el amor, parece como que desde el primer día de su descubrimiento se dieron cita la sed de mando, el ánsia del oro, las bajas pasiones de la traicion y la envidia, el apetito desordenado de todos los goces materiales y la esclavitud—la horrible esclavitud allí por muchos conceptos más inmoral, más hedionda que en Chio y en los pueblos más señalados y de peor renombre en la historia de la degradacion humana.

Yo pudiera recordar que allí fueron creados el tributo del oro, la *córbea* y las encomiendas; que allí la intolerancia religiosa provocó el levantamiento de los indios de Guarionex; que allí Pedro Margarite y el Padre Boil y Francisco Roldan se alzaron contra el Almirante, y Mújica y Guevara contra Roldan; y que

de allí vino á España cargado de cadenas y acusado de ¡enemigo de la integridad de la patria! el mismo Colon,—todo ántes de haber pasado los diez primeros años de la toma de posesion de Santo Domingo. Pero todo esto palidece ante las violencias entrañadas por la esclavitud que en aquella comarca reviste casi todas sus formas, aparece en todos sus grados y produce todas consecuencias.

Porque la esclavitud moderna se ha presentado en América (que ha sido y es su verdadero teatro) bajo cuatro formas: la esclavitud de los indios, la de los blancos, la de los negros y la de los asiáticos. De estas formas, Santo Domingo ofrece las tres primeras en condiciones incomparables respecto de las demás colonias. Cuba sigue, toda vez que si bien allí la esclavitud india duró poco por la extincion de los esclavos (pues que ántes de mediado el siglo xvi no habia ya un solo indio en las Antillas), y si es cierto que se desconoció totalmente la servidumbre de los blancos, en cambio allí ha tomado cuerpo, y hoy ofrece excepcional importancia la de los chinos, creada en la segunda mitad del siglo xix.

Pues bien: la primera forma de la servidumbre en Santo Domingo corresponde á la época de los españoles. Allí aparece por dos caminos: primero, por el de la guerra: Los indios de las vecinas islas caribes son traídos á España como esclavos; después entran en esta categoría los mismos indios rebeldes de la Española. —El segundo camino, la *córbea*, el *repartimiento* y la *encomienda*. Contra todo esto se alzaron, ántes de mediar el siglo xvii, las elocuentes y piadosas voces de los Padres Dominicos y del inmortal

Las Casas: aún se fulminaron las leyes abolicionistas de Carlos V (de 1526 á 1548); pero el resultado fué nulo para las Antillas. Los tres millones de indios que Las Casas en su *Primera Memoria* atribuye á la Española; los cinco que le atribuye Valverde en su *Idea del valor de la isla Española*, se habian extinguido. Y extinguidos tambien, como he dicho, todos los indios de las Antillas, las leyes del Emperador quedaron... para provocar casi una insurreccion entre los castellanos de Méjico y, sobre todo, del Perú, y para al cabo no ser cumplidas en el continente americano.

Mas España habia rechazado la idea de los esclavos blancos; es decir, de los llamados *engagés* en Francia y *convicted é indented* en Inglaterra. Colon llegó á proponer el trasporte á América, en este concepto, de presidiarios y condenados á muerte, pero sin éxito. La idea la llevó á cabo Francia casi desde los primeros dias del siglo xvii. Y mediante los oficios de las dos compañías de las *Islas de América* y de las *Indias Occidentales* creadas en 1626 y 1664 por Colbert para la colonizacion franco-americana, pudieron ir allende el Atlántico no pocos presidiarios y no pocas víctimas de las levas que tan en boga estuvieron en cierta época para nutrir el ejército y, sobre todo, la marina de los Estados europeos. Pero la esclavitud blanca no logró una gran importancia, y en 1735 quedó establecida la redencion forzosa, concluyendó á poco esta servidumbre.

La que verdaderamente debe ocupar la atencion es la negra. Esta es la que iniciada hácia 1510 se sobrepone á todo en el curso del siglo xviii y presenta en

los momentos mismos de la gran Revolución francesa del 89, un personal de 700.000 individuos frente á 30.000 blancos y otros tantos mulatos en la parte francesa de la antigua Española.

No es del momento tampoco explicar cómo la *trata* surtió el mercado francés de América.

Baste decir que á ella dedicó sériamente su atención la *Compañía de las islas de América*, que en 1563 autoriza á 50 holandeses expulsados del Brasil á instalarse en la Guadalupe con 1.200 esclavos negros, inaugurando el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar en aquella Isla. Siete años después el gobernador de Santo Domingo, como representante de la compañía de Guinéa, es el favorecido por el gobierno de España, mediante tratado especial con el de Francia, para la importación de negros en las Indias occidentales por espacio de ocho años, y en 1730 comienzan las subvenciones ó primas á la *trata*, concedidas por el monarca francés como medio de fomentar la población de las Antillas; subvenciones que en Agosto de 1792 suprimió definitivamente la Asamblea legislativa casi un año justo ántes de que la Convención suprimiese la *trata* á instancia del famoso abate Gregoire.

Lo que realmente tiene interés para el trabajo que entre manos llevo, es hacer constar que en la agonía del siglo xvii, la esclavitud de los negros revestía ya las proporciones suficientes para que con ese motivo se diera por Luis XIV (seis meses ántes de revocar el Edicto de Nantes y de imponer en la Francia continental la esclavitud de la conciencia) el Edicto de Marzo de 1685, conocido en la historia con el nom-

bre de *El Código Negro*, código de sesenta artículos destinados, como en el preámbulo bárbaramente se dice, «á mantener la disciplina de la Iglesia católica romana y arreglar lo concerniente al estado y calidad de los esclavos de América.» Y, con efecto, el Edicto es contra los negros y contra los judíos y protestantes: la intransigencia en todo su esplendor.

*El Código Negro* viene á ser un término medio entre las relativas benignidades de la legislación esclavista española y los rigores de la británica; pero ese código desde luego establece que «el esclavo es una cosa mueble incapaz de todo derecho.» En cambio se le reservan las penas de la marca y de muerte para delitos como los de injuria de hecho á un hombre libre y de robo calificado de caballos y bueyes. El robo sencillo era castigado con azotes, y en último caso con una flor de lís marcada con hierro candente en la espalda. Además, para la fuga del esclavo habia esta gradacion: ¿duraba su ausencia un mes? las orejas cortadas y la flor de lís: ¿reincidia? otra flor de lís y cortadas las corvas: ¿reincidia? ¡pues entónces la muerte!

Por lo demás, y sobre esto y á pesar de esto, lo que la esclavitud es, y entraña, y supone en todas partes. Eso sí, á fuer de piadoso católico, Luis XIV habia dispuesto que todos los esclavos fuesen bautizados é instruidos en la fé católica, y exigia hasta que fuesen católicos probados los mayores ó capataces de negros.

Con brazos abundantísimos de que proveia con toda facilidad la *trata*; dueños de un suelo feracísimo; protegidos por una legislación autocrática, cuyos



rigores, en cuanto á los blancos, quebrantaba la distancia; apoyados por el influjo que en la corte de Versalles ejercian amigos y delegados officiosos, nunca avaros de su dinero para corromper y seducir, los plantadores de Santo Domingo constituian una verdadera oligarquía para la que sólo estaban un tanto vedados los goces de la inteligencia y del corazon. La sensualidad y el despilfarro privaban allí con absoluto dominio. El español Valverde, que escribia en 1780, dice en el libro que ya he citado, refiriéndose á los franceses de la Isla: «Cada habitante se trata como príncipe, en casa magnífica, adornada con muebles más bellos que los de los gobernadores españoles; tienen una mesa más abundante que la de nuestros señores; alcobas y cuartos soberbiamente arreglados, con camas ricamente vestidas, á fin de recibir á sus amigos y á los viajeros. Tienen barberos y peluqueros que cuidan de su toilette, sin contar los dos ó tres coches, en los cuales van los unos á casa de los otros, al teatro y á la ciudad, donde se reunen para divertirse y saber las noticias de Europa.» Por lo demás, ellos gozaban de los 793 ingenios de azúcar, los 3.117 cafetales, los 3.150 fincas de añil y las 735 de algodón que ofrecia la Isla, que en 1789 habia importado y exportado por valor de más de 1.000 millones de francos, siendo el mayor mercado del Nuevo Mundo.

Sin embargo, estos hombres felices (que no llegaban á 30.000 en una poblacion total de 800.000 almas) tenian su roedor. No se crea que la conciencia. No, esa es la eterna ausente de las orgías de Baltasar.

Los grandes señores y, en general, los blancos de

Santo Domingo no habian llegado á asegurar la infecundidad de sus esclavas, y de sus vergonzosos amores con éstas habia resultado una poblacion de otros 30.000 mulatos. El mulato dominicano tenía dos condiciones que no eran para tranquilizar el ánimo de los que por un sólo instante estudiaran aquel órden social. La bastardía y la sangre mezclada. La bastardía, de donde han salido casi todos los rebeldes: la sangre cruzada, que ha producido en el órden animal los grandes tipos de atrevimiento y de fuerza.

Verdad que el señor dominicano, ó por espontáneo impulso ó por cálculo, no se habia mostrado totalmente esquivo con el mulato. En su obsequio habia desembolsado no pocas sumas, de suerte que una cierta parte de los mestizos de la Isla habian sido educados en Francia, y al concluir el siglo XVIII, por diversos medios, habian venido á sus manos, el tercio de la propiedad territorial y el cuarto de la riqueza mueble de las colonias. Pero la ley se mantenía inflexible y las costumbres rechazaban á estos bastardos del círculo de sus padres. La ley, por ejemplo, les reservaba impuestos especiales, prohibíales desempeñar cargos públicos, les vedaba la escuela del blanco, no consentía el cementerio comun, les quitaba los sitios de preferencia en la iglesia y hasta les impedía andar á caballo como los señores. En cuanto á las costumbres, el mulato era... algo peor, mucho peor de lo que fué y aún es en Cuba, donde las leyes, sin embargo, nunca se entrometieron á castigar el cruzamiento de razas. ¡Mérito incontestable, entre otros, de la legislacion española, cuyos gran-

des efectos se han palpado en Puerto-Rico y Guatemala! De suerte que aquellos favores, no saliendo de ciertos límites, en realidad habian empeorado la situacion moral del mulato, á quien su propio color daba testimonio de la afrenta, y su riqueza, su inteligencia y su fuerza incitaban á poner remedio á su desgracia.

De otra parte, uno de los efectos de la esclavitud es el ensoberbecimiento de los señores y la propension de éstos á resistir todo freno. Por esto no ha faltado quien haya dicho que la esclavitud de unos hombres es la más segura garantía de la libertad de los demás. Así se explica que los oligarcas de Santo Domingo vieran con cierta pena que sobre ellos se levantara el poder de la Metrópoli, que cualquier dia dejaria caer fuerte y pesada la mano sobre ellos refrenando algun capricho ó corrigiendo algun desafuero, y de todos modos sacaba de la colonia sobre 21 y medio millones de francos por razon de impuestos, que podrian perfectamente emplearse en la misma Isla. Además, el ejemplo de los Estados-Unidos era tentador: allí en 1776 se habia proclamado la independendencia de las 13 colonias británicas, y en 1783 éstas habian conseguido que se las reconociese como un pueblo libre por la Metrópoli británica, siendo por otra parte no escasas las analogías del esclavismo dominicano con el de Georgia y las Carolinas. El despecho, pues, de la inferioridad y el vago deseo de la separacion palpitaban en el espíritu de los dominicanos, interrumpiendo á las veces la placidez y felicidad de aquella soberbia bacanal.



En tales condiciones se presenta en la escena el gran actor de la evolucion política contemporánea, la Revolucion francesa, cuyo vigoroso acento llega á Ultramar con la fórmula de la *Declaracion de los derechos del hombre*.

Es fácil colegir el efecto que produciria. Los mulatos se estremecieron, los blancos se horrorizaron. Todas las aspiraciones de los primeros encontraron ocasion, motivo y esperanza; todos los temores y las tendencias todas de éstos adquirieron robustez y alcance extraordinarios. Alguien, empero, permaneció sordo, inactivo, como informe masa. Los esclavos, á cuyos oidos no llegó nada y que continuaron agotándose en los abrasadores campos de caña y en los ingenios de azúcar.

Pero la situacion era crítica é insostenible: los mulatos tomaron la iniciativa enviando con una calurosa adhesion á la Asamblea nacional un donativo de seis millones de francos, ofrecieron la quinta parte de su renta anual para el pago de la Deuda pública y pidieron la igualdad civil y política. Sus reclamaciones fueron acogidas benévolamente por Mirabeau y Lafayette, con entusiasmo por la sociedad *Los Amigos de los Negros*, que entónces se constituyó en la capital de Francia.

Los blancos hicieron otra cosa: constituyeron las tres asambleas provinciales del Cabo, Cayes y Port-au-Prince; formaron la asamblea general de Saint-Marc que habia de velar por los intereses de toda la Isla en virtud *de los poderes de sus comitentes* (y no de los *decretos de la Metr6poli*, como la minoría propuso);

crearon el club esclavista de París conocido con el nombre de *club Massiac* y se apercibieron á resistir. Por lo pronto colgaron al mulato Lacombe en el Norte y al abogado Ferrand de Beaudiere en el Oeste, reos del inmenso crimen de haber pedido pacíficamente en obsequio de la raza de color. Y luégo provocaron un conflicto de competencia y soberanía con el gobernador frances Peynier, conflicto que á poco se tradujo en guerra civil.

Desgraciadamente la Metr6poli no vió claro en los primeros momentos: los amigos officiosos de los señores dominicanos asediaron al Gobierno y á los diputados, consiguiendo el apoyo de Malouet, Maury y Barnave; les infundieron miedo recomendándoles aquel *detenido estudio* y aquella *séria meditacion* de que en España nos hablaba el Gobierno provisional en 1868, cuya parsimonia y cuyos recelos no entraron por poco en la sangrienta cuestion de Cuba. Y el resultado fué el decreto de 8 de Marzo de 1790 y la instruccion del 28, segun los cuales «las colonias continuarian bajo el régimen de las leyes especiales, y harian conocer sus votos por el 6rgano de sus particulares asambleas, á las que pertenecia la iniciativa de las leyes concernientes al *estado de las personas*,» entendiéndose que habian de gozar del derecho electoral *todas* las personas de veinticinco años cumplidos, propietarias de inmuebles, ó en su defecto que domiciliadas en la parroquia por espacio de dos años pagaran contribucion.

La interpretacion de los señores fué terminante: esas personas eran ellos. De aquí un choque con los

mulatos, y de esta colision, al año siguiente, el decreto de la Constituyente de 15 de Mayo de 1791 que decia: «La Asamblea no deliberará sobre el estado de las gentes de color que no son nacidas de padre y madre libres, sin el voto previo, libre y espontáneo de las colonias; pero las gentes de color nacidas de padre y madre libres serán admitidas en todas las asambleas parroquiales y coloniales futuras si tienen además las condiciones requeridas.»

Y bien: desde el 15 de Mayo, una gran parte de los mulatos se creyó, sin sombra de duda, integrada en sus derechos electorales. Sin embargo, á pesar de no haber pretexto, los blancos insistieron en su resistencia á la Metr poli, descuartizaron á los mulatos Og  y Chavannes, asesinaron al coronel Mauduit, y aun después de otra nueva debilidad de la Asamblea Constituyente (la revocacion del decreto de 15 de Mayo y su sustitucion por el de 24 de Setiembre, en el cual se reserva la Metr poli el régimen exterior de las colonias y deja á estas, con la sancion r gia, exclusivamente el régimen interior) insisten en perseguir á la gente de color y en desconocer la autoridad del gobernador Blanchelande y de los comisarios civiles de Francia. Bajo la influencia de estos hechos y ante tan incalificable rebeldía, la Metr poli se resuelve á una actitud enérgica; se apoya en la gente de color libre, en los mulatos, á quienes al cabo favorece por el decreto de 24 de Marzo de 1792 que prescindió en absoluto de toda distincion entre los hombres libres. Y al propio tiempo dispone el envio de nuevos comisarios con fuerzas

européas para domoñar y castigar á los colonos rebeldes.

Como se vé hasta aquí, en tres largos años no habia sido cuestion el problema de la esclavitud. Lo que se debatía era un punto puramente político: el problema electoral. Y por bajo de él sólo habia la cuestion, grave sin duda, de la igualdad de blancos y mulatos. Los negros sólo una vez se habian agitado independientemente de aquellos, siendo brutalmente sofocado el movimiento en el Oeste y en los llanos del Cabo hácia mediados de 1791. De estos movimientos está llena la historia de todos los países esclavistas mucho ántes del período de abolicion. Díganlo Jamáica en 1824, y Guadalupe y la Guyana y Cuba... y la misma Santo Domingo donde ya en 1722 hubo que sofocar una gran insurreccion de negros.

Pero en tanto aparecen dos nuevos factores de este grave conflicto. Los ingleses vienen por el Oeste pactando con los blancos de Cayes, que les entregan el puerto de Jeremie y se deciden resueltamente á separarse de Francia. Al Este asoman los españoles, protegidos por muchos realistas, que en Santo Domingo hacen lo mismo que aquellos de sus correligionarios de la Metrópoli que en Europa formaron la vanguardia del Duque de Brunswick. Esto era en 1793. El ódio á la República lo inspiraba todo. La República, sin embargo, hasta entónces (el 27 de Julio) sólo habia abolido la *trata*.

Pero ni los realistas ni los españoles hubieran tenido importancia á no llenar los cuadros del «ejército de S. M. el Rey de Francia» millares de negros esca-

pados de las haciendas y solicitados por los primeros para luchar, al mismo tiempo que en pró de la Restauracion, por las *buenas leyes viejas*, un tanto olvidadas en la orgía de los últimos años de la esclavitud dominicana. Por manera, que si los negros entran en accion débese precisamente á los blancos, que por propio interés los excitan contra los republicanos y los mulatos del Cabo, y les enseñan táctica, y los ponen en verdaderas condiciones de lucha. De esta suerte las bandas de los negros Juan Francisco y Biassou se convierten en un ejército.

La situacion se define y la crisis es terrible para el imperio de la Metrópoli, cuyos representantes por momentos van siendo dominados por los mulatos. Buena prueba el general gobernador Lavaud, que al cabo es encerrado, bajo el pretexto de salvarle, por el mulato Villate. En tales gravísimas circunstancias tienen que tomar una resolucion definitiva las autoridades francesas. De aquí la declaracion de los comisarios concediendo en Octubre de 1793 la libertad á todos los negros que prestasen su concurso á la Madre Patria, y de aquí, al fin, el decreto de la Convencion de 4 de Febrero de 1794 proclamando sin condiciones la abolicion de la esclavitud y la igualdad de derechos en las colonias francesas.

Danton elocuentísimamente cerraba aquella sesion con estas palabras: «Hasta aquí hemos decretado la libertad, como egoistas, para nosotros solos; pero hoy la proclamamos á la faz del Universo, y las generaciones futuras encontrarán su gloria en este decreto. ¡Proclamamos la libertad universal! La Convencion

Nacional ha hecho su deber.» Dignas frases sólo superadas por aquel arranque de Lacroix atajando á Levasseur que pretendia apoyar su proposicion abolicionista: «¡Presidente, no tolereis que la Convencion se deshonne con una discusion más larga!» Y el decreto salva el Atlántico, y en un momento transforma la situacion. ¡Virtud bendita y maravillosa de las grandes ideas!

En estos instantes, señores, aparece la figura del negro Santos—ó como le llama la historia de Francia, el negro Toussaint Louverture. Y con esta aparicion termina el primer período y comienza el segundo de la revolucion dominicana.

Como ya he dicho, hasta los cincuenta años nadie sabe de Toussaint otra cosa que su condicion servil en la posesion de Breda (llanuras del Cabo), que estaba en manos de la familia del conde Noé, ilustrada después por uno de sus hijos, el famoso caricaturista Cham, muerto en París hace pocos meses, en el verano del año 79. Allí Toussaint ó Santos fué esclavo doméstico y llegó á cochero. Sábese tambien que, á pesar de su vil condicion, leia y escribia medianamente, gracias á los desvelos de otro esclavo viejo de la hacienda; y sobre todo, se tiene noticia de que logró cierta importancia merced á un particular conocimiento de las virtudes medicinales de las plantas silvestres, pasando en la comarca por algo más que curandero. De estos no son pocos los ejemplos que se podrian sacar de las Antillas españolas. Cómo abandona la hacienda de Breda nadie lo ha dicho, pero el hecho es que en 1793 ya aparece en las bandas de

Biassou y de Juan Francisco con el título nada ménos que de «médico de los ejércitos del Rey de Francia.» Pero en seguida prescinde de su pacífico ministerio para tomar activa parte en la campaña como ayudante de Biassou; y en ella, tratado con gran deferencia por los oficiales franceses y españoles, y adorado por la gente de su raza, se distingue por su bravura, su actividad, su celo y su resistencia, tanto como por los adelantos que hace en el arte de la guerra, aprovechando con incomparable afán las lecciones de táctica y de estrategia de los oficiales blancos, y dedicando las horas de descanso á la lectura de unas Memorias militares francesas que, junto con los *Varones ilustres* de Plutarco, y el libro de Raynal sobre las colonias, y no sé que extractos de la moral de Epiceto, constituyeron siempre las cien veces estudiada y repasada biblioteca del negro Santos, en el cual se nota su influencia á cada instante, sobre todo después de 1794.

Pero el decreto de la Convencion llega á Santo Domingo y sus ecos penetran en la negra hueste que al extremo oriental se movia al grito de ¡Viva el Rey! y ¡Vivan las *buenas leyes* de antaño! Si el espíritu de aquella multitud hubiera sido simplemente el de la perturbacion y el bandolerismo; si sus aspiraciones no hubieran pasado de las que pocos años ántes mantenian en armas á las partidas de los mismos Biassou y Juan Francisco; si, en fin, lo que inspiraba á los negros del Este se hubiera reducido simplemente á un sentimiento de rebeldía, el decreto del 4 de Febrero no habria pasado tampoco de una perturbacion

más. Pero no; allí había algo que no era eso, supuesto que aquellas bastardas influencias no fueran extrañas al levantamiento provocado por españoles y franceses. Así que tan luégo como el asombro producido por la trascendental medida de la Convencion permitió que los vigorosos negros del «ejército real» escuchasen aquellas enérgicas frases

...Pour qui ces ignobles entraves,  
Ces fers des long temps préparés...?

.....  
C'est nous qu' on ose mediter  
De rendre á l'antique esclavage!

tan luégo se determinó con irresistible violencia el natural movimiento de simpatía que debía poner al servicio de la naciente y combatida República á los negros dominicanos, cuya causa, en último caso, no era otra que la misma en cuyo obsequio derramaban su sangre los blancos de la Metrópoli en las orillas del Rhin contra los viejos poderes y los intereses tradicionales de la Europa coaligada. Toussaint, coronel de la division de Biassou, fué de los primeros á experimentar aquella simpatía, y como hombre de excepcional inteligencia, desde el primer instante abarcó con una mirada las dificultades de la situacion y el porvenir reservado á su raza bajo la bandera tricolor, sériamente amenazada por el extranjero, los blancos y los mulatos. Y no titubea. Se dirige á los suyos, los congrega, los exhorta, salta por las dificultades que realistas y españoles le oponen, determina á 5.000 negros á seguirle al grito mágico de *ubi libertas ibi patria*; vuela con ellos al Cabo, saca del encierro al



gobernador Lavaux que, agradecido, le asocia al gobierno de la Isla, obtiene de la Metrópoli el nombramiento de general, organiza un ejército, cae sobre los ingleses, se revuelve contra los españoles, y alcanzado el nombramiento de general en jefe del ejército francés de Santo Domingo á despecho del mulato Rigaud y del blanco Hedouville, obliga al invasor británico, después de tres años de incesante lucha, en la cual gasta Inglaterra 45.000 hombres y 500 millones de francos, á firmar el convenio de 10 de Octubre de 1798 y á evacuar la Isla; y fuerza al español, no sólo á repasar la frontera, si que á ceder la parte de Santo Domingo que desde el antiguo tratado de Ryswick poseía indisputada, y que por el de Basilea de 1795 renuncia; é investido con el cargo de gobernador de la colonia refrena á los mulatos, impone la paz, promulga una amnistía, y dirigiéndose á los blancos emigrados durante los últimos siete años de agitacion y revuelta, les dice: «Hijos de Santo Domingo, volved á vuestra patria. Nunca pensamos despojaros de vuestras tierras y vuestras casas. El negro sólo pedia la libertad que Dios le dió: vuestras casas os esperan: vuestras tierras os reclaman. Venid á Santo Domingo.» ¡Y después, señores, abre las puertas de la Isla al comercio universal y proclama solemnemente la libertad de conciencia!

Pero no adelantemos las cosas. El primer período de la vida pública de Toussaint Louverture (que de paso sea dicho, toma este mote de la frase del asombrado general francés Lavaux, que al ver su actividad, sus múltiples recursos y sus maravillosos éxitos no

pudo ménos de exclamar, «cet homme fait *l'ouverture* partout»), el primer período de su vida termina en 1800, y este es el segundo de la revolucion de Santo Domingo. Como habeis visto, la guerra civil y extranjera existia ántes de 1794, fecha del decreto de abolicion. Aún en 1792 los delegados de la Metrúpoli decian. «En nombre de la Metrúpoli, de la Asamblea y del Rey declaramos que no reconoceremos más que dos clases de hombres: los libres sin distincion de color y *los esclavos*.» Pero se dió el decreto de abolicion y triunfó la integridad de la patria francesa; sí, de esa patria que los esclavistas vendian al extranjero. Y al cabo se impuso la paz á los blancos traidores y á los mulatos rebeldes, de tal suerte que el comisario Sontonax al regresar á la Isla queda admirado de sus relativos progresos. ¡Pero qué digo triunfa la integridad de la nacion francesa! ¡La Metrúpoli ensancha su territorio, porque, al fin y al cabo, Santos y sus negros expulsan á los españoles de la parte oriental que éstos ocupaban desde la época del descubrimiento!

¡Pero qué mucho! ¿Acaso se ignora lo que por este mismo tiempo ocurrió á las puertas de Santo Domingo? Allí estaban otras dos Antillas francesas: Guadalupe y Martinica. Puesbien, sobre ellas tambien cayó el inglés. El 21 de Abril de 1794 los ingleses se apoderaron de la primera de aquellas islas: el 3 de Febrero (precisamente la víspera de votarse en la Metrúpoli el decreto de abolicion), consiguieron aquéllos expulsar de la Martinica al general Rochambeau. Nadie intentó reconquistar la Martinica, y esta An-

tilla no volvió á poder de Francia hasta la paz de Amiens. Pero los comisionados de la Convencion, Víctor Hugues y Pierre Chretien, llegan el 2 de Junio delante de Guadalupe, y en vez de renunciar á a Isla, poseida ya por el enemigo, se deciden á reconquistarla. Cómo? Lanzando desde los buques en que se hallaban el decreto de 4 de Febrero, el decreto de abolicion inmediata. El efecto es asombroso. ¡Los negros se levantan, y después de siete meses de lucha heróica los ingleses son expulsados de la Guadalupe! La abolicion aquí de nuevo salva la integridad de la patria. ¿La habria salvado en Martinica? Por lo ménos puede asegurarse que no intentado el remedio, allí sólo fué donde Francia tuvo que arriar la bandera.

Ved, señores, con qué justicia se interpreta aquella tan comentada frase de Robespierre ó de Barnave: «¡Sálvense los principios y perezcan las colonias!» En Santo Domingo y en Guadalupe, por lo ménos, se salvaron las colonias por los principios. En Martinica no los principios, pero la colonia tampoco.

Mas entremos en el tercer período de la revolucion, que es el segundo de la vida de Toussaint Louverture. A éste corresponde el de la reorganizacion de la sociedad dominicana y el Código rural y la Constitucion de 1801, que Toussaint dictó y remitió después á la Metrópoli para obtener su aprobacion.

Pretender que el esclavo de cincuenta años venido al mundo de la libertad en medio de la guerra, á los seis ú ocho años de ésta hubiera de dar las leyes que pacífica y reflexivamente no pudo hacer el Con-



greso de doctores de Francfort en 1848, parece lisa y llanamente una insensatez. ¡Pero qué no dicen en obsequio del gran Toussaint las declaraciones de libre comercio y libertad de conciencia á que ántes me refería, declaraciones hechas al inaugurarse el siglo XIX y al salir del régimen colonial latino de las tres últimas centurias! ¡Qué progreso no implica la prohibición de encarcelamiento en todo otro local que en una cárcel pública, y la consagración explícita de la inviolabilidad de la propiedad! Todo eso lo habia proclamado la Revolución francesa ó lo habia hecho la República norte-americana; ¿pero cómo Toussaint lo podia haber conocido y estudiado en el fragor del combate y bajo las pasiones de la lucha?

Verdad que el insigne negro acentuaba sobradamente la autonomía de Santo Domingo dejando á la Metrópoli sólo la soberanía y reservando á la Asamblea colonial hasta el derecho de nombrar gobernador vitalicio; pero sobre que esto no se hallaba muy fuera del camino trazado por el decreto de la Asamblea constituyente en 24 de Setiembre de 1791, no hay que olvidar que más de dos veces Toussaint habia recibido proposiciones del general inglés Maitland y de los mismos negros para proclamarle Rey ó dictador, y que en todas aquellas ocasiones se habia ratificado en su lealtad á Francia, donde tenía á sus hijos, prendas queridas de su hermoso corazón.

Sin embargo, la sospecha de lo contrario hizo á Napoleon, ya en el Consulado, prepararse contra Toussaint. Pero es necesario decirlo todo, señores. Más que estas sospechas, lo que movió al gran tirano

contra el soberbio negro y contra la libertad toda de Santo Domingo, que en éste tenía, como se vió, su más decidido y afortunado defensor, fueron las súplicas, las intrigas y las tentaciones de los esclavistas.

Mientras la Revolución siguió triunfante en la Metrópoli y Toussaint con mano fuerte la secundó en América, enmudecieron, quizá adularon á los poderosos: cuando la Reaccion, con el apoyo de los *incroyables* y los *merveilleux* del Directorio, se alzó, pretendieron y lograron que tras la paz de Amiens de 1802 Napoleón restableciera la *trata* y volviera ¡horror! á dura servidumbre á todos los negros que desde 1794 eran y pasaban por libres. Y es este el rasgo característico del tercer período de la Revolución de Santo Domingo.

Para llegar á este atentado era preciso asegurarse del negro Santos. ¡Qué mayor elogio en su favor! Pero él mismo lo decía al verse aprisionado y conducido á Europa: «El árbol plantado en Santo Domingo había echado tales y tan hondas raíces, que no existían en Francia fuerzas para arrancarlo.»

Era de rigor: al crimen debía preceder la bajeza y la infamia. Toussaint estaba en Santo Domingo, enteramente pacificada y renaciente entre espantosas ruinas, y al partir de Brest para América, el 14 de Diciembre de 1801, 26.000 hombres sacados del ejército del Rin, en otro tiempo dirigido por Moreau y cuya presencia en Francia tal vez contrariaba los planes liberticidas del héroe de Brumario, este escribía al ilustre negro: «Vá el ciudadano Leclerc, nuestro hermano político, en calidad de capitán general y

como primer magistrado de la colonia. Le acompañan fuerzas suficientes para hacer respetar la soberanía del pueblo francés. Nos complacemos en reconocer y proclamar los servicios que le habeis prestado, y que si su pabellon flota sobre Santo Domingo, á vos y á los bravos negros lo debe. Llamado por vuestro talento y por la fuerza de las circunstancias al primer mando, habeis destruido la guerra civil y puesto freno á las persecuciones de algunos hombres arrebatados. Las circunstancias en que os habeis hallado, rodeado de enemigos, sin que la Metrópoli pudiera socorreros ó alimentaros, hicieron legítimos los artículos de vuestra Constitucion, que quizá no lo sean ya; pero hoy vos sereis el primero en rendir homenaje á la soberanía de la nacion, que os cuenta en el número de sus más ilustres ciudadanos, por los servicios que le habeis prestado y por el talento y la fuerza de carácter de que os ha dotado la naturaleza.»

Así se tendia el lazo, en que, sin embargo, el negro africano no cayó. No se opuso, empero, á la entrada de Leclerc; por lo contrario, recomendó la obediencia á las órdenes de la Metrópoli, cuidando empero de añadir: «que era un soldado, que no tenía miedo á los hombres, y sí sólo á Dios; y que si fuese necesario morir, moriria como un soldado de honor que nada tiene que reprocharse.» Y así llega Leclerc, y después de proclamar de nuevo la libertad de todos los dominicanos, torpemente se descubre en el primer momento, prescindiendo de Toussaint, intimando la entrega del Cabo al negro Cristophe y atacándole después entre el humo y las llamas del incendio que el

gobernador de la plaza inicia virilmente por su propia mano, luego de poner en salvo á 2.000 blancos.

A poco tiene efecto el ataque de Fort-Dauphin y de Saint-Marc, y la guerra comienza entre los vencedores de Europa mandados por Leclere, Rochambeau y Boudet y los pobres negros de Santo Domingo. Pero al fin, todos tuvieron que ceder: firmóse un convenio, y Toussaint pudo retirarse á vivir tranquilamente en Ennery, cerca de Gonaives, de donde á poco fué sacado traidoramente por el general Brunet, que le dió una cita á que asistió Toussaint. ¡Vergüenza dá el describirlo! El negro acudió, sí, á la amistosa cita: recibióle el general de la culta Francia; retiróse éste momentáneamente con cualquier excusa, y el héroe dominicano de repente vióse rodeado de una docena de oficiales franceses, armados de todas armas, á quienes él tuvo por bandoleros y á los que pensó en el primer momento resistir. Luégo supo que eran los ayudantes del general, y mirándolos fijamente envainó su sable y se dejó conducir, con su mujer y sus dos hijos, al barco *Le Heros* que debia conducirle á Francia, para donde salió el 11 de Junio y á donde llegó el 3 de Agosto de 1802.

Toussaint no habia cometido ningun delito. Todo el pretexto que se pudo alegar para prenderle fué el de haber sorprendido una carta que escribia á uno de sus ayudantes, preguntándole si la fiebre amarilla hacía estragos en el ejército europeo. Pero esto no obstó para que llegado á Francia fuera separado de su familia y conducido al fuerte de Joux, sobre las montañas de Jura. Allí es objeto de una série de

agravios y de atropellos apénas imaginables. Enceráronle en un estrecho y helado calabozo sin más útiles que una silla de paja y un mal tablado; privósele de la compañía del fiel criado que le seguía; obligáronle á quitarse el uniforme que llevaba en el momento de ser sorprendido y á vestirse de harapos; redújosele la pension para alimento y leña, de cinco francos á tres diarios, y por último, el gobernador del castillo recibió la orden de pasar, con las llaves del calabozo, á Suiza por espacio de cuatro dias. ¡A su regreso, el negro Santos habia muerto de hambre y de frio!

Durante su cautiverio escribió dos cartas á su verdugo: en ellas simplemente decia: «¡Soy ciudadano francés! ¡Hacedme justicia!» No obtuvo respuesta. Fué interrogado, sí, pero respecto de los tesoros que sus asesinos suponían enterrados en la Isla. «¡Ah!—contestó el mártir al general Cattarelli—¡cierto que he perdido tesoros, pero no de la naturaleza de los que buscáis. ¡¡Mi sólo tesoro es mi conciencia!!»

Y, señores, pensar que el verdugo de Toussaint era aquel Napoleon que insultaba al gobierno inglés porque sólo le asignaba, después de sus crímenes, y en su destierro de Santa Elena, *seis mil pesos al mes*, y el mismo que escribia: «¡¡¡He sido condenado sin que se me oyese; sin juicio y despreciando todas las leyes divinas y humanas se me tiene separado de mi mujer y de mi hijo!!!»

Toussaint murió, pero no la libertad en Santo Domingo. El lo anunció, de diversos modos y repetidas veces, al ser conducido á la Metrópoli. «Vosotros



creeis haber desarraigado el árbol de la libertad, y yo no soy más que una de sus ramas. El árbol que se ha plantado tiene tantas y tan profundas raíces, que toda Francia no bastaría para arrancarlo.» Una vez arrebatado á la Isla el 16 de Julio de 1802, publicóse allende el Atlántico el infame decreto del 20 de Mayo anterior, que restablecía la esclavitud en la Antilla, y un grito de horror se difundió por campos y ciudades. A bandadas los negros huyeron á los bosques y se organizaron con Desalines, Christophe y Petion, y el cielo pareció asociarse á su empresa, dejando que en las costas se desencadenase con furor nunca conocido la fiebre amarilla. Con esto se abre el cuarto período de la revolucion de Santo Domingo.

Es realmente imposible, señores, describir lo que pasó en aquella Isla de de el otoño de 1802 al invierno de 1803. La bestia humana se desata, y todos los furores, todas las brutalidades que el terror puede imaginar, todo se realiza en la pintoresca tierra de Anacaona y de Guarionex. Y ¡cosa singular! en esta desenfrenada puja de atrocidades, los blancos, los imperialistas franceses fueron los que tomaron la iniciativa y los que realmente se llevaron la palma. ¡Qué vergüenza! Ellos son los que comienzan esta horrenda tragedia clavando las charreteras sobre los hombros del general negro Maurepas, y echando al agua á la esposa y los hijos de éste delante de su padre, de su esposo, condenado al fin al mismo suplicio. Por los enemigos de la República, por los hombres del orden y los héroes del Consulado y del Concordato se reproducen en

Santo Domingo los espantables *matrimonios republicanos* de Nantes y de Lyon y los fusilamientos en masa. Restablécese el suplicio de la rueda, en que pereció en 1792 el mulato Ogé. Se inventan prisiones flotantes (dice un escritor que estudió los hechos en las memorias de la época) llamados *etouffoirs* (sofocadores), en los cuales, después de encerrar á negros y mulatos en el fondo del buque, se los asfixiaba con humo de azufre. Repítense los espectáculos del circo romano, lanzando contra la gente de color perros de cimarrones que se traían al efecto de otras Antillas. Hubo negros desollados, otros arrojados á pantanos llenos de insectos, otros lanzados al agua con balas á los piés, y luégo, si sobrenadaban, cazados!... En fin, el delirio de la ferocidad. Que los negros y mulatos rivalizaron con los franceses... claro está. ¿Cómo habian de sustraerse al medio en que se agitaban? Más aún: el negro es de suyo bondadoso (bondadoso mucho más que inteligente), pero eso mismo junto con su robustez le hace terrible cuando acosado pierdè sus cualidades morales para convertirse en fiera. ¿Pero de quién fué la iniciativa? ¿Quien provocó el conflicto? ¿Quién desató, y lo que es más, quién sostuvo y fomentó la tempestad?

¡Ah, señores! En aquellos mismos momentos Francia *entraba en órden*. En 1802 Napoleon era proclamado Cónsul vitalicio; en 1804 Emperador, y Pio VII le coronaba en París. En el intermedio se promulgaba el Código civil, volvian á la patria los emigrados, se creaba la Legion de Honor, y todo el

mundo protestaba contra el horrible atentado de la máquina infernal. Pero Santo Domingo era un lago de sangre, y los infames sucesos de allende el Atlántico á nadie arrancaron una protesta. Sólo el esfuerzo de los negros puso término á aquellos horrores. Víctima Leclerc de la fiebre amarilla; arrojados á bayonetazos los franceses de Port au Prince, al fin Rochambeau tiene que capitular en el Cabo, embarcándose para Francia el 28 de Noviembre de 1803 y cayendo en manos de los marinos ingleses que lo condujeron á Jamáica, miéntras los dominicanos, el 1.º de Enero del año cuatro, proclamaban la independencia de Haití «jurando á la posteridad y al universo entero renunciar para siempre á Francia y morir ántes que someterse á su dominacion.» ¡Qué empresa! En los años que van desde 1790 á 1804 la poblacion de Santo Domingo habia bajado de 800.000 almas á 400.000... ¡El ejército francés, de 50.000 hombres á que al fin habia llegado, quedó reducido á poco más de la cuarta parte! Pero esto pasaba muy léjos. Francia comenzaba á disfrutar de los beneficios del órden. Y el contento y los vítores con que el Imperio era aclamado sólo fueron interrumpidos un instante por aquellas palabras con que Napoleon saludó á su hermana Paulina al encontrarla en Burdeos acompañando al cadáver de Leclerc. «Te dí un ejército y me traes cenizas!»

Pero, señores, la retirada de los franceses no pone, no podia ya poner límite á los desastres por ellos provocados. Ellos huian, pero en Santo Domingo dejaban partidarios, cómplices; y sobre todo, dejaban las

pasiones desencadenadas y el ódio de trescientos siglos de bárbara explotación y de infame tiranía, dueños de mil medios de espantosa venganza. De aquí nuevas violencias por parte de los negros victoriosos; de aquí la expulsión de los blancos; de aquí el período sombrío que se inaugura con la proclamación del negro Dessalines como Emperador por una junta de generales, y tras ella la de la Constitución de Mayo de 1805, en la que destacan, primero, la prohibición absoluta para todo blanco «de poner el pié en Santo Domingo á título de dueño ó propietario y de adquirir en la Isla propiedad de ningun género,» y luego, la denominación genérica de *negros* que se aplica á todos los haitianos por deber «cesar toda acepción de color entre los hijos de una misma y sola familia cuyo padre es el jefe del Estado.» Es decir, que á los tres años de morir el mártir de Joux, en Santo Domingo habían sido totalmente vencidos y aniquilados la raza caucásica y los señores de tres siglos.

¿Como dar al olvido la brevedad del período que vá desde 1794 á 1805, insuficiente por completo para que, en circunstancias bien distintas de las que acompañan á la excitación revolucionaria y á las irregularidades de la guerra que privaron en Santo Domingo durante una gran parte de este período, una clase envilecida, abotargada, acostumbrada á no ver más que lo que hollaban sus piés ni á escuchar otra cosa que la campana del *ingenio* y el *foete* del mayoral, adquiriese las múltiples y grandes virtudes que necesitan las clases directoras? Por eso nada más peligroso que la completa y exclusiva victoria de una clase in-

ferior, y nada más terrible que la abolición de la servidumbre sin la consciente y honrada cooperación de los señores. Todos esos peligros no se podían conjurar en Santo Domingo sino por la fuerza y el prestigio de un sér extraordinario. Lo fué el negro Toussaint Louverture; pero los blancos lo mataron y con él desapareció la verdadera, quizá la única garantía que la injusticia de trescientos años había hecho posible en aquella enferma y maldita sociedad.

Lo generales de Toussaint no tenían la talla del cochero de Breda. Tendrían tal vez la de los tenientes de Leclerc, y así se explica que Dessalines, cuyo cuerpo era una pura cicatriz, efecto de los malos tratamientos de la esclavitud, llegado por la violencia y en medio de horrible contienda á la cúspide de los honores y del poder, se precipitase en todo género de atentados contra sus antiguos verdugos y sus actuales compañeros, muriendo, al fin, asesinado por éstos en Octubre de 1806; muerte que ocasiona la escisión de los negros que con Cristophe se apoderan de la parte Norte de la Isla; y de los mulatos que con Petion se hacen dueños del Oeste y del Sur, mientras los españoles de nuevo alzan su bandera en la parte oriental, de donde los había desalojado el victorioso Toussaint. Catorce años después los mulatos logran reunir, bajo la República dictatorial de Juan Pablo Boyer, las fracciones de la Isla, y obtienen en 1825, mediante cierta indemnización, el reconocimiento oficial y solemne de la independencia por Carlos X de Francia. ¡Pero cuántos choques, cuánta sangre y cuánta ruina y cuánto retroceso en aquellos catorce

años, durante los cuales apénas si un sólo día se vió flotar en los puertos de la naciente República los gallardetes de los pueblos cultos, que tan ámpliamente aprovecharon la revolucion producida en la vida internacional por la emancipacion de América!

Todo esto es verdad. Pero de estos horrores, de estos retrocesos, de estas vergüenzas, ¿quién tiene la culpa? ¿La abolicion?

Además, señores, importa no prescindir de algunas consideraciones respecto de lo que en aquella misma América pasó. Cierto que Haití sufrió inmensos quebrantos, que la Francia monárquica, y sobre todo la imperialista (¡tal vez por remordimiento!) ha cuidado *generosamente* de exagerar, llenando sus periódicos satíricos con las caricaturas de Solouque. ¡Pero qué! ¿en América no hemos conocido nosotros mismos el *Paraguay* del doctor Francia y de los Presidentes Lopez? ¿No hemos conocido la República católica del Ecuador bajo el sanguinario García Moreno? Allí si la masa era de indios, admirablemente preparados para el despotismo por los jesuitas del siglo xvii, los directores eran blancos, y muy piadosos por cierto, y en el Ecuador á nuestra raza corresponden todas las glorias y todos los pecados. ¿Por ventura, hasta 1870 el Ecuador y el Paraguay, sin las guerras de 1802 á 1820, y sin la oposicion, sin la enemiga de toda Europa, sin el imperio exclusivo de la raza maldita de tres siglos, han ofrecido un espectáculo mejor y más fortificante que el de Haití?

De otra parte, ahí están las otras Antillas fran-

cesas, á donde la esclavitud volvió y donde la segunda República tuvo el insigne honor de decretar otra vez, en 1848, la abolicion simultánea é inmediata. Pues bien, ¿cuál fué su vida á partir de 1802?

Dejo aparte el punto del honor y del deber, y cuenta que, á despecho de los que se tienen por prácticos y hombres de seso, por la mera circunstancia de no hallarse dispuestos á sacrificarse ante una idea, yo entiendo que ese punto algo vale y trasciende algo en la vida de los individuos y de los pueblos; cosa que realmente no se puede poner en duda en la tierra de Zaragoza y Numancia, donde no sé yo que nadie se recreara con la perspectiva del buey en el establo, que tanto nos recomiendan los prudentes.

Prescindido tambien de que la Guadalupe cayó en 1810 en poder de los ingleses que en ella permanecieron hasta 1814. ¡Ah! esta vez no encontraron á los bravos libertos que diez y seis años ántes, y á los ecos entusiasmadores de la Marsellesa, los habian obligado á reembarcarse! En cambio la Martinica, ocupada precisamente la víspera del decreto de la Convencion, y que continuó bajo la Gran Bretaña en los años sucesivos, en 1802 fué readquirida pacíficamente por Francia para perderla otra vez en 1807 y volverla á poseer tambien en 1814. Es decir, señores, (conviene repetirlo), que allí donde se proclamó la abolicion, el enemigo no pudo vencer; y allí donde venció la esclavitud, el enemigo al fin pudo fijar su bandera y dominar meses y años.

Pero de 1815 á 1848, ¿cuál ha sido la suerte de Guadalupe y Martinica? La postracion, la anemia.

Pues qué, ¿no es de todos sabido que, á pesar de los esfuerzos de la monarquía del 30 para levantar aquellas islas, preparándolas tímidamente para la abolición (único remedio de su tristísimo estado), no es sabido que en 1846 de 160.000 hectáreas cultivables en Guadalupe sólo 80.000 estaban roturadas, y de 98.000 disponibles de la Martinica sólo 68.500 se hallaban aprovechadas? ¿Acaso se ignora que la propiedad estaba agobiada por deudas calculadas en 140 millones de francos para las dos islas; que la hectárea no producía en la primera de ellas más de 1.700 kilos de azúcar, y que en ambas el atraso del cultivo llegaba al punto de desconocerse el arado, sometiendo todos el trabajo á la primitiva y fatigosa azada del esclavo? ¿Y no consigna Cochin que sólo en Martinica se gastaban 240.000 francos al año para vigilar las costas y evitar las evasiones de esclavos?

Por fortuna en aquellas islas no se desató la guerra civil; cierto—pero la falta de esta, que, como ya hemos visto, no fué el resultado de la abolición, tampoco bastó para que las Antillas vecinas á Santo Domingo dejasen de languidecer bajo la esclavitud y el llamado *pacto colonial* hasta la segunda mitad de este siglo, fecha de su regeneración. Deplórese, sí, la suerte de Santo Domingo después de la muerte del negro Santos, más no se olvide el pobre, el pobrísimo espectáculo de la vecindad.

Pero es fuerza volver á Toussaint Louverture para terminar esta Conferencia.

Aun sin entrar en detalles biográficos que nos conducirían muy léjos, basta la simple y general narra-



cion que llevo hecha para poder calificar al negro Santos de *nombre extraordinario*.

Su rapidísima carrera (notad que en 1792 era un esclavo perdido en la masa y que su muerte acaece en 1802; es decir, á diez años de la primera fecha), su rapidísima carrera, repito, comenzada precisamente á una edad en que por lo general la termina la mayoría de los hombres, y su exaltacion desde el abismo de la servidumbre hasta el primer puesto de la orgullosa sociedad dominicana, implican méritos excepcionales cuando tales cosas no dependen exclusivamente de los caprichos de la suerte. Reparad bien, señores, que Toussaint no se deja llevar por los sucesos: los dirige, y en toda su laboriosa existencia pública patentiza una poderosa iniciativa. Además, bajo cierto punto de vista, no sé yo que nadie haya demostrado mayor atrevimiento, mayor perseverancia, inteligencia más clara de las cosas de la vida y de la complejidad de la política; porque el esclavo moderno, á diferencia del proletario de nuestros tiempos y del esclavo de los antiguos, tiene, además de las barreras que la ley pone á su exaltacion, otra terrible que le sigue como la sombra al cuerpo: el color de su piel, que en todas partes le denuncia como condenado al sombrío fondo del abismo. En este concepto, un negro que se levanta en una sociedad esclavista es una sorpresa: un negro que domina, una positiva maravilla.

Pero las exaltaciones por sí solas no bastan para ameritar á un hombre. La dificultad está en conservarse en las alturas, una vez llegado á ellas; es decir,

en mantener siempre, en todos los trances de la vida, y sobre todo en los momentos críticos del poder ó de la desgracia, cuando ésta puede servir para ajigantar la personalidad del que la sufre, todas aquellas condiciones de talento y carácter que se han utilizado para alcanzar el primer puesto. Y en este sentido no cabe pedir más al negro Santos. Su actividad, su celo, su prudencia, su perspicacia, su espíritu generoso, no menguan una vez lograda la primera dignidad política y social de Santo Domingo; ántes bien, crecen, y cuando es encerrado en el calabozo de Joux, toma las proporciones de un estóico, digno de la pluma de Plutarco. Bien al contrario de su verdugo en Santa Elena, ni se entrega á la desesperacion, ni lanza inútiles quejas, ni fulmina cargos, ni ménos se empequeñece y humilla. «¡Soy ciudadano francés—dice,—que se me juzgue;» y luégo calla. Es decir, protesta y muere.

De otra parte, considerad cómo Toussaint sirve sin vacilar un solo momento, no un cierto interés, no una sola ambicion, si que realmente una idea. La idea de la libertad del género humano, y hasta si se quiere, la idea de la rehabilitacion de su raza. Vedlo: tan luégo como aparece el decreto abolicionista no titubea en decidirse por Francia, que desde entónces puede considerarse como su deudora. Y áun cuando Toussaint llega á redactar la Constitucion de 1801, áun cuando se ha querido suponer que pretende algo como la emancipacion de la Isla, notad, señores, cómo lo hace; consagrando explícitamente libertades y derechos cuyo reconocimiento no es todavía un

hecho indiscutible en muchos países de la vieja Europa, y colocándose él mismo en una situación, bajo el punto de vista personal, muy inferior á la que con toda facilidad habria podido obtener con el apoyo extranjero ó mediante la resuelta actitud de sus negros.

Por último: fijaos en la cualidad que desborda en el carácter de Toussaint; es decir, en el carácter del que ha vivido en dura servidumbre por espacio de medio siglo; del que ha sido arrancado del regazo materno y del suelo patrio por la codicia humana; del que ha oído constantemente crujir sobre su cabeza el látigo del mayoral, y del que al fin muere víctima de la perfidia y de la crueldad del *primero de los blancos*. ¡Me refiero á la generosidad, la gran virtud de las almas fuertes! Cuando Toussaint se decide á alistarse en las bandas de Biassou, ante todo cuida de embarcar á sus antiguos amos para los Estados-Unidos para Baltimore, y cuando llega al poder no se olvida de auxiliarlos constantemente con sus personales recursos. Cuando un latigazo dado por un oficial blanco al valiente Juan Francisco, rompe las negociaciones entabladas para reducir á las bandas del Este y produce en los negros ofendidos el grito de ¡Mueran los prisioneros! Toussaint exclama: «¡Hermanos, esta sangre no borrará el insulto hecho: sólo la que hay en el campamento francés puede borrarlo. El derramar la una es valentía: cobardía y crueldad el derramar la otra!» y se salvan 1.500 vidas. Cuando en 1800 llega al apogeo de la fortuna, ya os lo he dicho, su primer acto es una amnistía, y sus primeras palabras aquella

invitación a los blancos emigrados: «Hijos de Santo Domingo, volved á vuestra patria.» Cuando estaban para ser fusilados los siete franceses que traidoramente habian sorprendido y acribillado á balazos el coche en que suponian iba el negro Santos, éste los hace conducir delante de un altar, y al pronunciar el sacerdote la oracion del perdon, él añade: «¡Y yo os perdono en nombre de Dios!» y los deja marchar impunes. Cuando el general inglés Maitland le busca y viene á sus manos, y el general francés ofrece al negro cuanto pida si entrega al enemigo, Toussaint responde (y enseña la carta á Maitland) «he ofrecido al inglés que regresará entre los suyos.» Y cuando próximo á morir, vé y abraza á su hijo en la prision del Jura, sus palabras son éstas: «¡Hijo mio, tú algun dia volverás á Santo Domingo; olvida que Francia asesinó á tu padre!»

Sin duda en el ejercicio de su cargo de general en jefe y de gobernante más de una vez se mostró duro; y sería muy fácil condenar como arbitrarias y violentas no pocas de sus medidas. Pero esto es una de las secuelas del mando militar, á que no sé yo que se haya sustraído otro hombre que Washington. Pero no olvidéis cuando dos ó tres batallones negros en 1802 se pasan á Leclerc, Toussaint para atraerlos los busca, tira al suelo su espada y les dice tiernamente: «Hijos míos, ¿podreis dirigir vuestras bayonetas contra mí?» Y los negros sublevados le aclaman y le siguen.

A pesar de todo esto — ya os lo he indicado — la figura del negro Santos ha servido durante mucho

tiempo para espantar á los niños, hacer llorar á las mujeres y turbar la digestion de los esclavistas. Allá en los trópicos se repetia y aún se repite su nombre, como entre nuestras clases felices, pero ignorantes, el de algun héroe del Terror. Su rehabilitacion es de treinta años á esta parte; pero al fin se hace y triunfa la justicia. — Lamartine opone páginas elocuentes en favor de Toussaint á las injustas de Thiers, que enamorado de Napoleon llegó á calificar á aquél simplemente de «mediano capitan.» Pero desde entónces ¡cómo ha crecido la figura del insigne negro! No há mucho un gran orador de Norte-América, Mr. Wendell Phillips, pronunciaba un elocuentísimo discurso en el corazon de la sociedad que más larga y réciamente ha peleado en pró y en contra de la servidumbre de los negros, y donde la legislacion, adversa á éstos, ha rayado en lo monstruoso y lo inconcebible, y en aquel discurso, comparando á Toussaint con Napoleon, con Cromwell y hasta con Washington, y haciendo constar que todo cuanto sabemos de unos y otros lo conocemos exclusivamente por *los blancos*, no titubea en decidirse por el primero. «Yo le llamaria Napoleon, dice, pero Napoleon se abrió el camino del Imperio entre juramentos quebrantados y sobre un rio de sangre... Yo le llamaria Cromwell, pero Cromwell no fué más que un soldado, y el Estado que fundó se hundió con él en la tumba. Yo le llamaria Washington, pero el gran virginiano tuvo esclavos...»

Otro extranjero ilustre, quizá el más infatigable abolicionista de Francia, Mr. Víctor Schœlcher, que

en 1842 escribía la mejor Memoria que yo he leído sobre el pasado y el presente de Haití, há muy pocos dias, en una conferencia pública celebrada en París, insistía en juzgar á Toussaint como «bravo general, administrador extraordinario y político hábil,» digno de figurar «en el grupo de esos séres privilegiados, á quienes la naturaleza, en sus poderosos caprichos, ha dotado de la llama del genio,» concluyendo por posponer todos los calificativos y los epítetos debidos al insigne negro, ante el piadoso de «el mártir de Joux.»

Y, por último, en estos momentos mismos, y en son de desagravio, en la misma Francia, donde se consumó el crimen, al par que se anuncia la publicacion de la verdadera historia de Toussaint, no ya por los datos solos producidos por sus enemigos, si que tambien por los auténticos y secretos que á Mr. Gragnon Lacoste ha legado la viuda de Isaac Louverture, *la heroína del infortunio*, se abre una suscripcion pública para levantar un monumento al negro extraordinario en la ciudad de Burdeos, último refugio de la malaventurada familia del inmortal africano.

¡Ah, señores, cómo con estos ejemplos se fortifica el alma! ¡Qué gran triunfo para nuestros calumniados tiempos! Porque, reparadlo, ántes de un siglo la memoria del hombre ilustre queda rehabilitada, y al fin vence la conciencia! ¡Cuántas centurias se han necesitado para rectificar el juicio de los contemporáneos de tanto hombre insigne sepultado bajo la injusticia de los tiempos que pasaron!

Y con esto termino. Es probable que haya abusado de vuestra bondad: la Conferencia ha sido larga, muy

larga. Pero el asunto es poco conocido y la ignorancia se explota en estos momentos para sacar á salvo intereses que ya ¡oh, vergüenza! sólo ampara la noble bandera de España.

Era necesario entrar en pormenores para desmentir solemnemente á los esclavistas, que no titubean en falséar la historia, recoger rumores, explotar preven- ciones y hacer de la gran figura del mártir Santos un vil espantajo para arredrar á los pusilámines y los co- bardes, y de la tremenda catástrofe de Santo Domin- go un argumento contra las fórmulas severas de la justicia y la razon frente á uno de los problemas más pavorosos que en su seno entraña la sociedad españo- la. Es falso, sí, que la abolicion inmediata fuera la causa de aquel horrible suceso: su origen está en otra parte, su fundamento está precisamente en lo con- trario, en el decreto que restableció la servidumbre; hecho que importa que no se olvide por los gover- nantes de España en estos críticos momentos en que, por medios de que no me cumple hablar desde este sitio, se trata de hacer volver á esclavitud á los 40.000 negros cubanos de derecho libres por no ha- ber sido incluidos como esclavos en el censo de 1871, conforme á la ley de 1870 y al precedente sentado en 1877 por el gobierno de la República. Me basta con denunciar el hecho.

*¡Caveant consules!*

HE DICHO.









OBRAS RECIENTES DE D. RAFAÉL M. DE LABRA

SE VENDEN, IMPRENTA DE A. J. ALARÍA

---

# LA REVOLUCION NORTE-AMERICANA

(FUNDACION Y CONSTITUCION DE LOS ESTADOS-UNIDOS)

Un volumen de 450 páginas. Precio (en Madrid): 4 pesetas.

---

## DE MADRID Á OVIEDO

(NOTAS DE VIAJE)

Un volumen. Precio: 4 rs.

---

## EL PRINCIPIO DE INTERVENCION EN EL DERECHO INTERNACIONAL

Discurso. Precio: 4 rs.